

HUESCA SATURNAL: LA GUERRA CIVIL EN HUESCA EN LA PRODUCCIÓN LITERARIA DE MICHEL DEL CASTILLO¹

Luisa MARCO SOLA
Licenciada y DEA en Historia
Universidad de Zaragoza

El aperitivo en el Mongo, bajo los porches de la Calle Mayor; la compra de tabaco en el Coso, cerca de mi domicilio; un restaurante del Coso Bajo, no lejos de la basílica de San Lorenzo; un corto paseo entre el casino y el quiosco de música del parque municipal, ritos cuya reiteración reforzaba la ilusión de pertenecer a una sociedad estrecha, agrupada en hábitos colectivos. ¿Se debía a las dimensiones reducidas de la ciudad, a aquel letargo en que esta reposaba?²

¿POR QUÉ Y PARA QUÉ?

Michel del Castillo (nombre de pluma de Michel Janicot del Castillo) no necesita presentación. Escritor de enorme prestigio, cuenta en su haber con algunos de los más importantes premios literarios, como el Premio de los Libreros Franceses o el Premio Renaudot, recibido en 1981 por *La noche del decreto*. Pero la obra que le dio la fama fue Tanguy, su primera novela, recientemente llevada al cine. Desde entonces su carrera ha seguido consolidándose título a título: *La muerte de Tristán* (1961), *El viento de la noche* (1973), *El silencio de las piedras* (1975), *El tiovivo español* (1977), *Las lobas de El Escorial* (1980), *La gloria de Dina* (1984), *El crimen de los padres* (1993), entre muchos otros.

Huérfano a edad temprana, comenzará un deambular que le conducirá por media España para luego acabar en el vecino galo. Nacido del desamparo que produjo en él el encontrarse como peregrino obligado entre dos mundos sin pertenecer

¹ Este trabajo forma parte del estudio realizado gracias a una Ayuda de Investigación concedida por el Instituto de Estudios Altoaragoneses en el curso 2006-2007.

² Castillo, Michel del, *La noche del decreto*, Barcelona, Grijalbo («Narrativa», 80), 1982, p. 277.

a ninguno, toda referencia de Del Castillo a España se tiñe de desazón. Este lenguaje del odio se hace extensivo a la situación sociopolítica de este país. La Guerra Civil y la Dictadura son dos fantasmas que se ciernen de forma silenciosa sobre las conciencias, llenando estas de terror y desasosiego: «Miles de hombres morían cada día en el país, y casi por todas partes largas procesiones de mujeres erraban al azar después de perderlo todo».³

Y es que la España de Michel del Castillo está indisolublemente ligada a esos tiempos. No puede concebirla de otra manera. Hasta tal punto llega esta percepción que ni siquiera tras la muerte de Franco deja lugar a la esperanza en una nación siempre cerrada en sus espíritus y supersticiones:

Recordé que la radio había comunicado al día anterior que el estado de salud del Generalísimo había empeorado repentinamente. Los médicos parecían dudar ante una nueva intervención. Vi a Pilar muy afectada y la consolé diciéndole que Franco no era inmortal y que, dada su edad, era lógico esperar que muriera. Pilar convino en ello, declarando que sería una pérdida «irreparable», palabra que en su boca me sorprendió. Pensé que el porvenir le asustaba y compartí, hasta cierto punto su temor. Mi opinión, sin embargo, era que nada cambiaría realmente. Pero Pilar, con una fe tardía, afirmó que todavía esperaba un milagro, porque las reliquias que habían puesto en la cama del Caudillo tal vez conseguirían retrasar la hora de su muerte. Confiaba especialmente en el manto de Nuestra Señora del Pilar.⁴

Tras un largo proceso de búsqueda y conquista personal, el rechazo a España —a modo de amor despedido— cristalizará en un enamoramiento del vecino galo. Francia llenará el vacío que para él había supuesto no tener patria ni nación, si bien la marca del exilio nunca desaparecerá totalmente. Esta predilección se concretará en la elección del francés como lengua de escritura, pues, para él, el español será siempre la lengua del odio y del sufrimiento, recuerdo de una patria a la que tanto quiso y que tanto le hizo llorar.

En el exterior, el mundo estaba lleno de odio. En las calles, los transeúntes tenían feroces miradas. Desfilaban con los puños cerrados, agitaban banderas y fusiles. En cuanto las primeras palabras de español empezaron a retumbar en mis oídos, reconocí mi odio [...]. Desde mi tierna infancia, el francés sería para mí la lengua de las confidencias.⁵

Dentro de una visión maniquea que solo concibe el mundo como oposición entre dos extremos (en este caso, España-Francia), el rechazo a la una ha de concretarse inamoviblemente en el amor a la otra. El autor busca recomponer esta identidad rota a través del acto de escritura: «Mi odio a España se hallaría oculto en algún lugar inaccesible de mi ser. El lenguaje se encargaría de sacar a flote todo aquello que permanecía escondido».⁶

³ Castillo, *La noche del decreto*, cit., p. 131.

⁴ *Ibíd.*, pp. 214-215.

⁵ Castillo, Michel del, *Le crime des pères*, París, Seuil, 1993, p. 31 (trad. de la autora).

⁶ *Ibíd.*, p. 16.

MICHEL DEL CASTILLO Y *LA NOCHE DEL DECRETO*

De amor y de odio: Huesca como referente

Más allá de circunscribirse a ser un marco meramente autobiográfico, la Huesca de Michel de Castillo se convierte en todo un símbolo referencial. Microcosmos donde se refleja la España del franquismo o meta última de su personal viaje iniciático hacia su propio pasado, la ciudad traspasa los límites de lo geográfico para conformar una piedra de toque primordial en la escritura del autor hispanogalo. Asociada a la búsqueda del pasado, de *su* pasado, y por lo tanto de su *yo*, hace acto de presencia en buena parte de su obra, de la cual destacaremos *La noche del decreto* —que nos ocupa— y *El tiovivo español*. Pese a ello, este retorno adquiere siempre tintes dramáticos, donde se entremezclan a partes iguales la amargura y la fascinación. Así lo muestra él mismo al comienzo del *Crimen de los padres*:

Ignoraba qué iba a buscar a Huesca. ¿Un reconocimiento? Tal vez un desmentido, una manera de reparar mi imagen mutilada. En realidad, ni siquiera estaba seguro de alegrarme ante la idea de volver a ver esa pequeña ciudad en la que creí haber alcanzado la máxima desesperación.⁷



*Imagen del Coso Alto de Huesca, ciudad referencial en la obra de Michel del Castillo, en la década de los cuarenta.
(Foto: M. Arribas, AFIAA – Diputación de Huesca)*

⁷ *Ibidem*, p. 31.

La trayectoria vital del niño Michel Janicot del Castillo está marcada por el signo de la guerra y el exilio. Nacido en Madrid en 1933, hijo de un rico terrateniente francés y de una española comprometida con el Frente Popular, su primera infancia transcurre en un Madrid sitiado, donde su madre le alecciona para huir a Francia en caso de que las tropas franquistas tomaran la ciudad:

Me habían cosido en el abrigo una bandera francesa, me habían hecho recorrer diez veces el camino que debería tomar en caso de que la batalla se acabara, desde la calle Goya, en la que vivíamos, hasta la Embajada de Francia. Me habían enseñado que el silencio de las armas, lejos de significar el retorno a tiempos de paz, me convertiría en un huérfano. Condenados por rebeldía, mi madre y sus amigos corrían el peligro de ser fusilados o de que les dieran garrote en las horas siguientes a la victoria de los Nacionales.⁸

Tras la toma de la capital, se verá obligado a partir desde Valencia en barco, como tantos otros, camino del exilio. Exilio sentido por el autor como una constante de su experiencia vital, desde sus primeros momentos: «Tal vez nací en el exilio, tal vez siempre he sido un extraño para mí mismo».⁹ Su llegada al país galo, donde esperaba encontrar su esperado refugio, no apaciguó, sin embargo, la angustia del desarraigo:

En España había sido un extranjero pero me di cuenta de que en Francia lo era más. Después de pasar un tiempo en Alemania, regresé a España en 1945 y me sentí todavía más extranjero que antes.¹⁰

A partir de ese momento, Del Castillo comienza un incesante peregrinar, tanto físico como emocional, entre Francia y España. Esta búsqueda pendular hará acto de presencia en gran parte de su producción literaria. Un sentimiento pasa a ocupar el papel protagonista de toda su obra: la búsqueda de un refugio. Esta necesidad desesperada vive agazapada en cada uno de sus personajes:

Dado que en España nada es tan sencillo como parece, dudo que aquella falangista tan decidida tuviera la más mínima idea de política, aparte de su adhesión al Caudillo o de su beatería. En el fondo, la mujer había encontrado en el Movimiento el refugio con el que todos soñábamos entonces.¹¹

Tras pasar cuatro años en el asilo Durán de Barcelona, estudiará otros dos en un colegio jesuita de Úbeda. Este sentir de un huérfano en el ambiente opresor de un pequeño pueblo de Navarra, Del Castillo lo retomará para referirse en *La noche del decreto* a la infancia del siniestro Avelino Pared, esta vez en Sangüesa: «Era un niño huraño, solitario, que había madurado demasiado pronto y que, sin duda alguna, había carecido del cariño de un padre».¹² Su desgraciada infancia, rodeado de desprecio y maledicencias, condicionará el carácter del personaje, incapacitado a partir de entonces para alcanzar la felicidad.

⁸ Castillo, Michel del, *El tió vivo español*, Zaragoza, Mira, 1991, p. 17.

⁹ *Ibidem*, p. 16.

¹⁰ *Ibidem*, p. 18.

¹¹ *Ibidem*, p. 19.

¹² Castillo, *La noche del decreto*, cit., p. 223.



Entrada del parque Miguel Servet de Huesca en los años cuarenta. A la derecha, el kiosco de la música que menciona Michel del Castillo en algunas de sus obras. (Foto: M. Arribas, AFIAA – Diputación de Huesca)

De igual manera, otro elemento recurrente de la obra de Del Castillo será la ausencia del padre. Este vacío adquiere dimensiones dramáticas al comienzo de su obra *De père français*:

Tengo una cita con mi asesino. Es mi padre y se llama Michel. He debido de tardar casi cuarenta años en encontrarle. Otra vez más, emprendo el mismo camino. No voy especialmente lejos, de Chevaleret a Étoile. Una veintena de estaciones. Ya conozco la partitura: la muerte del padre, una figura de retórica, con pedazos de emoción pura. Pero, ¿por qué sorprenderse de la muerte del padre cuando este nunca ha existido?¹³

Su llegada a Huesca nació de la casualidad. En un viaje en tren de Madrid a Barcelona en busca de un trabajo mejor, tras haber recurrido incluso a la mendicidad, conoció a una mujer que le ofreció su ayuda:

La RENFE era algo así como un gigantesco confesionario en el que todo el mundo se dejaba llevar por la tristeza y la nostalgia, igual que en los pasillos de los hospicios o de las cárceles. Yo entonces era joven; mis modales y mi lenguaje resultaban chocantes, y mi aspecto desvalido llamó la atención de aquella buena mujer que un día, al amanecer, me dio su tarjeta intentando convencerme de que me pusiera en contacto con ella en caso de que no mejorara mi situación.¹⁴

¹³ Castillo, Michel del, *De père français*, Mesnil-sur-l'Éstrée, Gallimard, 2000, p. 13 (trad. de la autora).

¹⁴ Castillo, *El ti vivo español*, cit., p. 18.

Después de varios meses de penurias en Cataluña, trabajando como peón, decidirá aceptar la invitación y viajar a un lugar que «en aquellos momentos, era el fin del mundo». ¹⁵ Llegado a Huesca, nos relata su experiencia con el patriarca de la familia que le acogió, en una atmósfera trastornada por la Guerra Civil:

Fue en Huesca precisamente donde descubrí, a través de cuchicheos, murmuraciones, recelos y cotilleos, que aquella realidad de la que nadie hablaba —es decir, la Guerra— atormentaba las conciencias. También allí conocí a uno de los hombres que más estima me han merecido en mi vida quizás sorprenda saber que se trataba de un auténtico Falangista, de uno de aquellos «Camisas Viejas» para los que el franquismo era solo una farsa. La policía lo mantenía bajo una estrecha vigilancia y él, con una sonrisa desengañada, se lamentaba de no haberse hecho anarquista, como diciendo que tendría que haberse mostrado más loco de lo que había sido. Y sin embargo, su locura había llegado hasta el delirio, dedicándose —junto a otros energúmenos de su especie— a eliminar a todo individuo subversivo, tarea que realizaron en el cementerio de la ciudad, adonde llevaban durante la noche a sus víctimas para meterles una bala en la nuca. Pero no eran asesinos normales y corrientes, ya que hacían gala de un gran valor; la ciudad estaba rodeada y, si los Republicanos hubieran conseguido entrar en Huesca, su suerte habría estado echada, cosa que no ignoraban. En aquellos tiempos casi resultaba tan natural asesinar como cosechar. ¹⁶

A este personaje, al que tanto debe y por quien tanta repulsión sintió al descubrir sus actividades, se refirió el escritor en una conferencia ofrecida en Huesca el 13 de noviembre de 2003 en el Instituto de Estudios Altoaragoneses: «mi benefactor [...] era uno de los encargados de dar los paseos a los republicanos en Huesca. Cuando lo supe sentí horror». ¹⁷ En el marco de las mismas jornadas, Víctor Pardo Lancina nos proporcionaba más datos sobre la vida de este hombre, Ramón Sánchez Tovar:

«camisa vieja», «voluntario del primer día de las milicias de Huesca», secretario provincial de Falange antes del Movimiento, consejero nacional del SEU, hombre de carácter indómito en lo político, intrigante que llegó a enfrentarse abiertamente con el propio Gobernador Civil en los años cuarenta, Antonio Mola Fuertes, ¹⁸ acusándolo de tibieza e ineficacia, e incluso se atrevió a insultarlo en público. Era un sujeto tan temido como odiado.

¹⁵ Castillo, *El tiovivo español*, cit., p. 19.

¹⁶ *Ibidem*, p. 20.

¹⁷ Pardo Lancina, Víctor, «Escenas de un guión inacabado», en Castillo, Michel del, *et alii*, *Literatura, cine y Guerra Civil*, actas de las jornadas homónimas organizadas por el Instituto de Estudios Senderianos y celebradas entre el 11 y el 14 de noviembre de 2003, Huesca, IEA, 2004, p. 169.

¹⁸ Este gobernador civil hace acto de presencia en *El tiovivo español* bajo el nombre de Antonio López. Este, marioneta en manos de su mujer, intenta desenmascarar un complot urdido por ellos mismos en la ciudad para ganarse un ascenso que le traslade a otro destino más al gusto de su señora. El enfrentamiento con Sánchez Tovar y la Falange queda igualmente plasmado, así como su aislamiento político: «El gobernador era un buen hombre. Con sus ojos redondos, su cabeza calva, su nariz corta y respingona, parecía un pájaro desplumado. Su pequeña estatura y sus brazos demasiado largos reforzaban todavía más esta impresión. Pero su situación se estaba volviendo insoportable. Los notables, partidarios abiertos de la monarquía, le ignoraban y le despreciaban. Los primeros falangistas le odiaban. Los comerciantes y los campesinos le detestaban» (Castillo, *El tiovivo español*, cit., p. 26).

A ello Pardo añadía el hecho de que

Radio Pirenaica, dirigida por Ramón Mendezona, relataba a sus clandestinos oyentes el itinerario que recorría desde su domicilio a la Escuela de Magisterio, donde daba clases y de la que fue director muchos años. Nunca sufrió daño alguno. Murió el 12 de octubre de 1992.¹⁹

Dicho esto, y al respecto, dentro de la fuerte componenda autobiográfica que caracteriza la obra de Del Castillo y una vez que el propio autor ha reconocido su conflictiva relación moral con su benefactor, nos proponemos aquí encontrar los remarcables paralelismos entre este hombre y el personaje de Avelino Pared en *La noche del decreto*, que puede interpretarse claramente como la plasmación literaria de Ramón Sánchez Tovar, paradigma del represor durante los años del franquismo. La lucha interior que para el autor supuso el descubrir las actividades secretas de un hombre a quien él se sentía profundamente agradecido (y que prácticamente había pasado a ocupar el lugar del padre ausente) quedarían reflejadas en la necesidad, latente en todo el libro, de conocer al personaje de don Avelino y sus motivaciones últimas. De este modo, podemos considerar la totalidad de la novela como un viaje tanto del personaje como del mismo autor tratando de comprender en toda su magnitud la personalidad del asesino. El represor, pues, no aparece como un personaje simplemente perverso (nacido para hacer el mal, diríamos), sino que se adentra en su pasado y en sus emociones, no para justificarlo pero sí para tratar de entenderlo.

Tres títulos de la extensa producción novelística del autor son los que más claramente toman la ciudad de Huesca como marco y referente: *El tiiovivo español* (1960), *La noche del decreto* (1981) y *El crimen de los padres* (1993). La catarsis que para Del Castillo supone el acto de escritura le lleva a un retorno recurrente a este lugar. Sus personajes se ven en todo momento envueltos en una relación siempre conflictiva (de amor-odio) con la villa. De igual manera, esta misma contradicción desgarradora fue la que caracterizó su propia estancia. Esta mezcla de desgarrar y admiración será no obstante la que tiña, por extensión, el sentir del autor por España:

Me quedé sorprendido al descubrir el ritmo lánguido de una aldea que solamente se animaba —eso sí, hasta el delirio— cuando llegaban las fiestas de San Lorenzo. Los días, sin principio ni fin, seguían un ritmo inalterable: el paseo del mediodía y por la tarde, el café, las conversaciones, y aquel esperar todo y nada al mismo tiempo.

[...] Yo, por mi parte, me encontraba en aquella aldea corroída por el aburrimiento y poblada de rumores como un faisán entre patos [...].

Aunque es cierto que estuve a punto de morirme de aburrimiento en Huesca, también he de reconocer que allí fui prodigiosamente feliz y siempre he guardado en mi corazón la nostalgia de aquella tierra, una de las más rudas, áridas y desgarradas que conozco. No puedo evitar un íntimo estremecimiento cuando la evoco.

Allí fue donde trabé mis amistades más entrañables, las más apasionadas, de las que todavía conservo las cicatrices. He amado con locura el carácter de los aragoneses, su rudeza, su fuerza, su independencia, su fidelidad generosa. He amado su orgullo, su orgullo que no se inclina ante las dificultades, su persistencia, su tesón ante la adversidad.²⁰

¹⁹ Pardo, texto cit., p. 169.

²⁰ Castillo, *El tiiovivo español*, cit., p. 21.



*Monumento a los Caídos erigido tras la Guerra Civil en el parque Miguel Servet de Huesca.
(Foto: M. Arribas, AFIAA – Diputación de Huesca)*

En *El laberinto español* la ciudad aparece como un inmenso mentidero movido por intereses provincianos. El parque se convierte en centro neurálgico de cuchicheos y conspiraciones. Allí se encuentra la terraza de Lucas Sánchez, símbolo del arbitrio social y del afán por medrar. Reverso de esta misma moneda, su hijo, Carlos Sánchez, pierde la razón y se ocupa en predicar a los desamparados su buena nueva, huyendo para ello del entorno de corrupción que supone la ciudad. Carlos —*el Loco*— se constituye así como un «hombre-Quijote» en busca de un ideal de justicia. Pero dentro del mundo literario de Del Castillo no hay lugar para el bien ni se concibe la existencia de seres puros. Así lo defiende don Avelino en *La noche del decreto*:

Yaveh, fichero universal de un rigor infalible, conocía las intenciones del asesino. Sabía el día y la hora en que Caín mataría a su hermano. [...] No obstante, Yahvé deja que se cometa el crimen. [...] ¿Se da cuenta de que esa teoría implica la «necesidad» del Mal?²¹

En suma lógica, volviendo a *El tiovivo español*, el único final concebible para este loco, este aprendiz de Quijote, es la muerte:

Carlos Sánchez había muerto y cada uno se preguntaba qué había desaparecido con él. Sentado en uno de los bancos que bordean el paseo del parque, [mosén Risueño] lloraba por Carlos y, sin saber por qué, también por España.²²

²¹ Castillo, *La noche del decreto*, cit., pp. 250-251.

²² Castillo, *El tiovivo español*, cit., p. 412.

Y es que parte de España muere con Carlos. Con él se lleva la España vencida, la España de los desheredados del entorno rural, entre los cuales había intentado predicar su fe en la esperanza de un cambio. Pero un cambio no es posible en esta España saturnal que devora irremisiblemente a sus hijos.

Esta España del eterno duelo —representada en Huesca— resurge como elemento omnipresente en *La noche del decreto*. A lo largo del relato, Avelino Pared y Huesca —y, por lo tanto, España— se funden en una misma entidad, ambos sumidos en una noche perpetua y lúgubre:

Sobre la ciudad se cernía un silencio opresor del que salían ruidos aislados rápidamente sofocados.

[Avelino Pared] parecía soñar con los ojos abiertos. [...] Pero su sueño era un sueño mineral.²³

Santiago Laredo, protagonista de la historia, es un joven policía que ha de abandonar Murcia al ser trasladado a Huesca. Desde un primer instante, quedará envuelto en una fúnebre fascinación por el que va a ser su superior, Avelino Pared. Así, empeñará todos sus esfuerzos en conocer todo sobre un personaje cuya sombra, irresistiblemente, le va atrapando. De este modo, todo el relato se construye como un viaje iniciático a través del cual Santi va conociendo a Pared a la vez que se conoce a sí mismo. En el transcurso de este, ambos irán uniéndose en una especie de simbiosis que alcanza su cenit con el asesinato del siniestro Pared —orquestado y buscado por él mismo— a manos del joven. No será hasta llegar a Francia, tras su huida, cuando Santi reencuentre la felicidad, tras el proceso de desintegración personal que para él había supuesto su estancia en Huesca:

Al caer la tarde [al llegar a Pau], paseé por las calles, limpias y apacibles. Desde el bulvar, contemplé los Pirineos. El cielo estaba despejado, la luz era límpida y las blancas cumbres se recortaban sobre un horizonte muy pálido. Era la primera tarde de mi exilio.²⁴

El mundo literario de Del Castillo se ve, pues, presidido por la idea de la muerte como un espectro que inunda todo. De igual manera, su percepción del país se tiñe de esta presencia asfixiante, dibujando una España necrófila que vive por y para sus muertos. Reflejo máximo de ella son las conversaciones mantenidas por doña Antonia y doña Mariana en *El tiouvivo español*, cuya mayor pasión es relatarse chismes sobre defunciones y velatorios con todo lujo de detalles. También doña Constanza, en cuya casa se aloja Santi en su viaje a Sangüesa en *La noche del decreto*, se complace en dedicar su existencia a su condición de viuda doliente:

Doña Constanza, que ese era su nombre, tenía, eso estaba muy claro, vocación de vestal. Vivía en un tiempo petrificado, en el que ni siquiera existía el ciclo del día y de la noche porque no abría nunca los postigos de la casa, que quedaba sumergida en una penumbra de eternidad. En aquella noche ficticia celebraba el culto del recuerdo, quitando el polvo de

²³ *Ibidem*, p. 278.

²⁴ Castillo, *La noche del decreto*, cit., p. 355.

los retratos y los libros del marido difunto, ordenando los papeles de este y hasta embetunando su calzado y cepillando sus trajes. A veces al muchacho se le venía a la mente la idea de que su patrona podía ser la guardiana de una noche misteriosa y sagrada y que esperaba el alba de la resurrección en que el muerto llegaría al fin para ponerse su ropa, calzarse sus zapatos y sentarse en su despacho. Probablemente era esa espera la que arrancaba a la viuda, cansada a pesar de todo de aquel plazo tan largo, aquellos repetidos suspiros que eran los únicos ruidos que resonaban en aquel inmenso panteón.²⁵

Avelino Pared, en *La noche del decreto*, también disfruta de este ambiente:

no le disgustaba vivir en aquel monumento funerario que, extrañamente, respondía a sus deseos ocultos. Contemplaba con irónica satisfacción aquel amontonamiento lúgubre que negaba el espacio y cargaba la atmósfera. Un olor a encáustica, a cera fundida, a incienso y a naftalina recordaba al que se respira en los conventos de monjas. Era el perfume de la muerte en vida. [...]

Aquella atmósfera le convenía a Avelino. Porque mantenía su ánimo en la disposición que necesitaba para la prosecución de su idea. Sentado en su mesa, meditaba, saboreando el silencio.²⁶

Tal desdén por los vivos impregna, para el autor, enteramente el sentir español:

los españoles se asemejan más a los orientales de lo que a veces la gente se imagina. De los árabes, que ocuparon el país durante ocho siglos, han heredado una profunda indiferencia frente a las adversidades, así como un pesimismo teñido de fatalidad. Hay una palabra que resume a la perfección dicha actitud ante la vida, y esa palabra surge en cada boca y cada mil pretextos: *nada*. El viajero tendrá suficiente con estar atento para darse cuenta de la importancia de esta palabra y del significado que posee para los españoles. La pronuncian con un secreto placer, pero también con una pizca de desprecio. Y es que ese *nada* traduce su convicción más profunda. Es la palabra clave que permite adentrarse en el alma española. Aquí todo equivale a nada, mas hay algo que merece una atención especial: la muerte. Pregunten a un español qué es la vida para él: *nada*.²⁷

La noche del decreto: viaje a los infiernos

Entonces llegará la Noche del Decreto y un alba triunfal iluminará a la humanidad, llegada ya al final de su destino.

Mientras hablaba, el bueno de Trevos se había exaltando insensiblemente y, detrás de sus lentes, su mirada chispeaba, al mismo tiempo que una gran afluencia de sangre coloreaba sus pómulos. Hacía grandes gestos, agitando cómicamente sus cortos brazos, y con el índice derecho me señalaba la sala de los ficheros.

—¿A qué llama usted Noche del Decreto? —dije yo con la esperanza de calmar su agitación.

—Es la última noche de Dios —susurró inclinándose hacia mí y mirándome fijamente, con una mirada casi iluminada—. La Noche de la última Revelación, que precede al día de la eternidad.²⁸

25 Castillo, *La noche del decreto*, cit., p. 61.

26 *Ibidem*, p. 62.

27 Castillo, *El ti vivo español*, cit., p. 307.

28 Castillo, *La noche del decreto*, cit., p. 42.

La noche del decreto se construye en su totalidad como un viaje iniciático. Por un lado, del escritor, que emprende un doloroso camino de retorno hacia su pasado y los lugares que lo conformaron. Y, por otro, del protagonista, quien se ve sumido en un descenso a los infiernos de la mano del siniestro Avelino Pared. Durante este trauma, Santi, a la vez que conoce el verdadero ser del represor, ira destapando su naturaleza profunda, en un proceso de degradación personal que no terminará hasta abandonar el país abocado al exilio.

Santiago Laredo es un joven inspector de policía de la brigada de Murcia. Casado y con hijos, su vida transcurre normalmente. La noticia de su traslado a Huesca transformará, sin embargo, su existencia de forma dramática. Aunque él recibe este cambio con optimismo, desde un primer momento sus compañeros le advertirán sobre su nuevo jefe, Avelino Pared:

Cuando atravesaba el vestíbulo del edificio de la policía dirigiéndome al ascensor, Baza vino hacia mí, con una extraña sonrisa en los labios.

—He oído decir que te vas a Huesca, al feudo de Pared. ¿Es cierto?

Ante mi respuesta afirmativa, su rostro ceniciento, lleno de extraños pliegues, adquirió una expresión desolada.²⁹

De la noche a la mañana, todos los que le rodean se empeñarán en informarle y advertirle sobre este siniestro personaje. Asco y repulsa están presentes en todas las conversaciones que protagoniza. Santi se aventura en una investigación personal para llegar a comprender a un ser, individuo temido y odiado al mismo tiempo, que tantos sentimientos encontrados produce.

Será don Anastasio, superior de Laredo, quien más positivo se muestre respecto a él, relatándole los años que compartieron como estudiantes en Pamplona. Ya a tan temprana edad, don Avelino está tejiendo meticulosamente un sistema de valores e ideas que constituirán una sui géneris filosofía vital:

—Son muchos los que no le quieren —prosiguió [don Anastasio, director de la Jefatura de Policía de Murcia] con tono apesadumbrado—. Le acusan de dureza. Y puede mostrarse duro, es cierto. Pero es un hombre leal, que no transige en cuanto a los principios. Solía decir que solo hay dos clases de policías: los policías «de razón», que desempeñan este oficio *para* vivir, y los policías «metafísicos», a los que este oficio *hace* vivir. Es una distinción divertida, aunque me temo que algo superficial. Pero a don Avelino le gusta utilizar la paradoja. En esto se parece a su ídolo, el filósofo Unamuno, al que también le gusta provocar... [...] Le llamábamos *Torquemada*, porque su rigor nos divertía mucho. Y es curioso: ese apodo le gustaba. Porque consideraba al Gran Inquisidor como un modelo de policía, como un arquetipo, que es la palabra que él usaba. [...] Según él, el policía auténtico, el policía metafísico, reunía en su persona al sacerdote y al pedagogo. Porque la policía, nos razonaba, deriva directamente de la Ley, que es de origen divino. Ergo, el policía, que vela por el respeto de este código sagrado, cumple una función absolutamente sacerdotal. Pero como para respetar la Ley hay que reconocerla antes, es un maestro al mismo tiempo.³⁰

²⁹ *Ibidem*, p. 9.

³⁰ *Ibidem*, p. 57.

En el transcurso de sus años de estudiante, don Avelino se había proclamado profeta de su visión del mundo en medio de un grupo de jóvenes que, sin embargo, siempre se debatieron respecto a él entre la admiración y la burla.

Un principio máximo, «el orden», guía los pasos de Avelino Pared. En una sociedad en la que, a sus ojos, el Bien no existe, donde el Mal y la necesidad del Mal son lo único real, solo el Orden puede garantizar la supervivencia de la civilización. De pronto, el joven Laredo se ve a sí mismo en las teorizaciones del siniestro Pared como si de un espejo perfecto se tratase. También él había estado persiguiendo incansablemente esa sociedad ideal. También él había confiado en el poder de la policía como herramienta para su consecución. También él vivía su profesión como una dedicación mística y necesaria:

¿No pertenecía yo a esa misma especie? Sin llenarme de teorías, yo compartía la fe de don Avelino en su misión. Sin embargo la sabía absurda y abocada al fracaso. [...] También yo, como aquel loco de Avelino Pared, llevaba en mi seno una aspiración al orden, un sueño de reposo.³¹

Laredo se verá imbuido por el atractivo de la revolución soñada de Pared. Pero también se sumergirá en la tristeza que acompaña a este. Don Avelino se complacía en tramar a su alrededor un universo de oscuridad perpetua. Esa era la única existencia que podía concebir. La vida del joven inspector Laredo se contagia progresivamente de esta ansia de desdicha. Todo lo que había creído ser empieza a descomponerse dentro de un irresistible embrujo de muerte. Ambos personajes van fusionándose, mediante el conocimiento mutuo, en un único ente.

Esta imposibilidad de ser felices se traduce igualmente en la imposibilidad de amar. Para ambos, el matrimonio se ha convertido en una condición fría gustosamente aceptada. Pared jamás esperó de su unión ningún tipo de vínculo afectivo; también en ese aspecto su mundo había de ser gris. Para ello, elegirá como esposa a la lánguida hermana de una viuda cuyo marido —disidente político— había muerto a manos de él mismo. Santiago Laredo había llegado a esta situación progresivamente, por el contrario. Pero esa muerte en vida, ese vivir sin corazón, no le incomoda en absoluto. Parece incluso agradecerle. Su mujer, Pilar, desesperada por una cotidianidad insostenible, acaba abandonando al inspector. Culpa de sus males, sin embargo, a don Avelino, sin llegar a comprender que este simplemente ha desvelado la naturaleza oculta de su marido. Así se excusa en una carta que le envía nada más llegar este a Huesca:

Ignoro, Santi, cómo es tu nuevo jefe, a quién se parece y cómo se comporta. Pero estoy segura de que su espíritu de cadáver ha contaminado el tuyo y te ha precipitado en ese entumecimiento en que has vivido junto a mí en los últimos tiempos, siempre marcado por un signo de ausencia.³²

³¹ Castillo, *La noche del decreto*, cit., p. 70.

³² *Ibidem*, p. 306.



*Primera Comunión en San Juan de Plan: la fotografía constituye todo un símbolo del ambiente de la época.
(Foto: AFIAA – Diputación de Huesca)*

Pero ¿de dónde nace esta desdicha que persigue a ambos? ¿De dónde surge su incapacidad para amar y ser amados? La raíz última se encuentra en su primera infancia, marcada por el signo del abandono y del rechazo. Avelino Pared había crecido dentro del opresor ambiente de un pequeño pueblo navarro, Sangüesa. Bajo la sospecha de ser fruto de una relación incestuosa entre su madre y su tío, fue siempre objeto de bur-las y chismorreos. Ello le convertirá en un niño encerrado en sí mismo y en sus enso-ñaciones. Aprenderá a prescindir del mundo que le rodea, a la vez que a odiar:

Antes de que su madre muriese, la atmósfera de la enorme casa se hizo opresiva.

Marcelino espía a su hermano, se levantaba diez veces por la noche para correr la cortina que cerraba la alcoba de su mujer. Adela, aterrada, vigilaba a su marido porque sospechaba, sabe Dios por qué, que quería envenenarla. Modesto, por su parte, no cesaba de rondar, acechando la ocasión de verse a solas con la mujer amada. En cuanto al niño, ya puede usted imaginar sus sentimientos en aquel ambiente de odio y sospecha. Cuando su madre falleció, vivió solo con su padre, que había empezado a detestarle y le dirigía terribles miradas. Más tarde, envió a su hijo a Pamplona, creo que al colegio de los jesuitas, para librarse de él, pues ya no soportaba tenerle a la vista. Después, le mandó a Salamanca y, si hubiera podido, le habría expedido a Patagonia.³³

Recientemente, en uno de los mayores éxitos de la literatura española con-temporánea, *La sombra del viento*, Carlos Ruiz Zafón dibujaba un personaje muy similar en el inspector Fumero. El represor nace de una infancia desdichada, a par-tir de la cual traduce el odio que ha recibido de sus progenitores en desprecio por la humanidad en general. No puede ser solamente un extremista en ninguno de los dos casos, tiene que encerrar una historia terrible en su pasado para poder explicar la adopción de tal labor. El represor es un enfermo:

Años más tarde, cada vez que introducía su revólver en la boca de un prisionero y apretaba el gatillo, el inspector jefe Francisco Javier Fumero habría de evocar el día en que vio el cráneo de su madre estallar como una sandía madura en las inmediaciones de un merendero de Las Planas y no sintió nada, apenas el tedio de las cosas muertas. La Guardia Civil, alertada por el encargado del establecimiento, que había oído el disparo, encontró al muchacho sentado en una roca sosteniendo la escopeta en su regazo, todavía tibia. Contemplaba impávido el cuerpo decapitado de María Craponcia, alias *Yvonne*, cubierto de insectos. Al ver aproximarse a los guardias se limitó a encogerse de hombros, el rostro salpicado de gotas de sangre como si se lo estuviese comiendo la viruela. Siguiendo los sollozos, los guardias encontraron a Ramón el Unicojonio [su padre] acurrucado junto a un árbol a treinta metros de allí, entre la maleza. Temblaba como un niño y fue incapaz de hacerse entender. El teniente de la Guardia Civil, tras mucho cavilar, dictaminó que el suce-so había sido un trágico accidente y así lo hizo constar en el atestado, que no en su conciencia. Al preguntarle al muchacho si podían hacer algo por él, Francisco Javier Fumero preguntó si podía conservar aquella vieja escopeta, porque de mayor quería ser soldado.³⁴

En el caso del niño Santi Laredo, su vida sufrirá una inflexión radical a partir de la llegada al pueblo, Benamid, de un maestro muy influenciado por los precep-tos de la Institución Libre de Enseñanza:

³³ Castillo, *La noche del decreto*, cit., p. 229.

³⁴ Ruiz Zafón, Carlos, *La sombra del viento*, Madrid, Planeta, 2004, p. 258.

Aquellas inmensas palabras —*libertad, humanidad, fraternidad*— le transportaban de entusiasmo. [...] Y nosotros, pequeños aldeanos embotados de sueño, ¿no encarnábamos la humanidad futura, la que rompería sus cadenas para cantar el himno de la libertad?³⁵

De modo muy similar al maestro evocado en *La lengua de las mariposas*, este, Ángel Linares, organizará excursiones los jueves para que los niños aprendan valores en directo contacto con la naturaleza. Sin embargo, como ya hemos dicho, en el universo creativo de la España de Del Castillo no hay espacio para seres puros ni hombres-quijote. Es así como Santi descubre que el amor del maestro por los niños va más allá de las aulas:

Lo que vi, ni me asqueó ni me escandalizó. Más bien sentí ganas de reír. Me pareció cómico que al guapo maestro le complaciera acariciar aquel cuerpo cubierto de mugre, besar aquella cara embadurnada de polvo y de moco.³⁶

Santi, movido más por los celos que por el rechazo moral, se emplea en atormentar la conciencia del maestro con notas amenazadoras. Y de este modo se descubre a sí mismo:

Mi vocación acababa de nacer: entraría en la policía; coleccionaría y clasificaría los secretos que aniquilan la libertad de los hombres. Oculto en la sombra tiraría de los hilos de aquellos fantoches. Permanecería invisible, anónimo, para disponer de la suerte de mis semejantes. [...] Porque ya lo sabía: todo hombre es culpable; cada cual oculta un secreto vergonzoso.³⁷

Sin embargo, lo que supondrá un golpe más duro para Santi no será tanto esta experiencia —con lo que de traumática puede tener para un niño— como la reacción de su padre. Una vez más, retomamos la figura del «padre-asesino», como ya tratamos al respecto de la propia autobiografía del autor, que él mismo relata en *El tió vivo español* y *De père français*. El padre, lejos de ser un refugio salvador, rompe con toda esperanza de afecto parental al avergonzarse de la actitud de su hijo y mandarle a un internado lejos de él. El elemento autobiográfico vuelve a hacer acto de presencia en la producción del autor.

Tras toda su niñez acumulando odio hacia sus semejantes, Avelino Pared canalizará este desprecio participando activamente en la represión llevada a cabo por la Dictadura franquista. Este será además su terreno de pruebas para testar sus teorías sobre el orden social y el control de los individuos. Marina, secretaria en la comisaría de Murcia por quien Santi se siente secretamente atraído, será la primera en referirle este capítulo de la vida de su nuevo jefe. No obstante, siendo ella sobrina de Pared, lo hará en un tono no exento de disculpa:

³⁵ Castillo, *La noche del decreto*, cit., pp. 82-83.

³⁶ *Ibidem*, p. 92.

³⁷ *Ibidem*, p. 101.

—[...] Naturalmente, nunca hemos sabido cómo murió mi padre, ni si don Avelino se había manchado más o menos con su asesinato. [...] Con su voz apagada, [Avelino] murmuraba: «En una época en que cada hombre se convierte en asesino, es inútil preguntarse quién ha matado. Por otra parte, la época es más culpable de las matanzas que los hombres».³⁸

El encargado de completar el relato, esta vez de forma incisiva, será Baza, compañero de Santi en la policía. Este, tras haber trabajado a las órdenes del siniestro Pared, vive atormentado por los remordimientos:

—[...] Dudo que pueda usted imaginar lo que era Barcelona al comenzar 1939. Como sabrá usted, sin duda, la ciudad no fue tomada hasta enero de aquel año. Y salvo los habitantes de los barrios burgueses, la población odiaba en su conjunto el orden que queríamos imponerle y contra el cual habían combatido con todas sus fuerzas.

[...] Sin embargo, lo peor no se dejaba ver ni oír, pero se sentía y se respiraba: un miedo que se extendía por todas partes, que parecía rezumar en las paredes.

[...] En la oposición política, a quien don Avelino había declarado una guerra despiadada, había adquirido una fama de temible adversario. Varios miembros de esa oposición se suicidaron para no ser confrontados con aquel a quien habían apodado *El Verdugo*.³⁹

Punto álgido de la guerra abierta que don Avelino había declarado a toda disidencia será la detención de Ramón Espuig, responsable de las redes de propaganda de la resistencia anarquista en Cataluña. Con él entablará a lo largo de interminables interrogatorios una lucha dialéctica entre lo que concibe como dos mentes preclaras:

Noche tras noche, don Avelino fue tejiendo esos hilos, mezclando las falsas confidencias, las confesiones calculadas, cediendo aquí para apretar allá, envolviendo, en fin, a su prisionero con una tela viscosa y ceñida. Y, sobre todo, había jugado cínicamente con el tiempo, que corroe los caracteres más endurecidos.⁴⁰

Pero, frente a la sangre fría de su jefe, que goza con deleite del sufrimiento ajeno, Baza nunca se recuperará de su culpa en tales crímenes. Su vida quedará sumida en la oscuridad y la mediocridad, perseguido por los fantasmas de aquellos años. Jamás será capaz de llevar una vida normal, la sombra de la muerte le perseguirá siempre.

Lejos de disuadirle de su búsqueda, Santi a cada nuevo descubrimiento va sumiéndose más en el embrujo de aquel hombre cínico y siniestro. Su aproximación a él, a través de su conocimiento, le lleva a una simbiosis espiritual. La propia Marina ya lo había detectado: «Se parece usted a él por la tristeza. La vida le hace daño. Sueña con un mundo en armonía, una concordia universal».⁴¹ Laredo va descubriendo, a través de don Avelino, su ser oculto. La obsesión por la figura de Avelino Pared sigue aumentando irremediamente. Su sombra se cierne sobre la vida

³⁸ Castillo, *La noche del decreto*, cit., pp. 136-137.

³⁹ *Ibíd.*, pp. 156-162.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 179.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 128.

de Laredo de forma asfixiante. El joven inspector ya es presa de su embrujo, e incluso se le aparece en sus sueños.

El definitivo encuentro entre ambos, perseguido durante toda la obra, significará el último capítulo del adoctrinamiento de Santi por parte de Pared. Para entonces, el joven ha visto toda su vida derrumbarse a su alrededor, abandonándole incluso su mujer. Pero, abducido totalmente en el embrujo de don Avelino, su única preocupación es unirse a él, como dos seres predestinados que por fin han alcanzado la ansiada unión. Pared llevará de su mano a Laredo en sus primeros momentos en Huesca, tratándole con suma dedicación. Asimismo, le aleccionará en sus teorías sobre la policía como instrumento divino. Cuando ya Santi está inmerso por completo en el siniestro hipnotismo del comisario, su compañero en la comisaría de Huesca, Gonzalvo, le descubrirá que solo es una simple pieza de un maquiavélico plan trazado por don Avelino:

—[...] don Avelino había solicitado tu traslado a Huesca, lo cual me hizo pensar que te conocía. [...] Por un motivo o por otro, es indudable que pidió informes sobre ti. Tal vez tu personalidad le satisfizo. Se hace viejo, no tardará en morir, y quiere, antes de irse para siempre, legar a alguien lo que él considera su herencia. En resumen. Tú serás su delfín.⁴²

La simbiosis entre ambos acaba con la muerte de Pared a manos de Laredo, nivel último de su proceso de degradación personal:

Ahora comprendía que siempre había sabido que mataría a aquel hombre. Hacía meses que aquel proyecto dormía en el fondo de mi corazón.

[...] Gonzalvo me preguntó tímidamente:

—¿De verdad no quieres decirme por qué le has matado?

Miré su rostro, radiante de bondad. Sentí compasión por él.

—Me había hecho venir para eso —dije.

—¡Lo sabía! —exclamó Gonzalvo con una sonrisa radiante—. Ese hombre era el diablo. Todo era retorcido en él.⁴³

Niños de la guerra. La memoria necesaria

Pobre niño, tiene ahora este biógrafo que le evoca y le confunde. No sé qué hay de verdad todavía en él, qué de invento de los lustros, qué de literatura al escribirlo. No intento indagar en mí mismo. No lo recomiendo, es mejor no saberse. Le hago hablar en primera persona, a ese personaje perdido. Le añado, le quito sin querer, porque todo es incierto.⁴⁴

El gran fracaso de nuestra tan exitosa Transición fue que se mostró incapaz de deshacerse de la mordaza que el franquismo había impuesto en la voz de los españoles. Más allá, impuso, en pos de un bien mayor, el silencio. El régimen les había

⁴² *Ibidem*, pp. 294-295.

⁴³ *Ibidem*, pp. 353-355.

⁴⁴ Haro Tecglen, Eduardo, *El niño republicano*, Madrid, Alfaguara («Alfaguara Bolsillo», 99), 1998, p. 15.

negado, obligándoles (y enseñándoles en las escuelas) a silenciar sus propias raíces. Tras cuarenta años de persecución de la memoria disidente, la tan ansiada democracia les seguía exigiendo callar. Pero reconciliación y olvido no son lo mismo. No deben ser lo mismo.

Demasiado tarde. Ahora es demasiado tarde. Muchos de ellos ya no podrán hablar. Murieron en silencio. Han ido desapareciendo sin ser capaces de alzar su voz para proclamar lo que vivieron. Se fueron avergonzándose, porque eso era lo que les habían enseñado de lo que fue su juventud. Sus historias nunca traspasaron el umbral de las cocinas de sus casas, donde sus nietos apenas prestaron atención a las «batallitas del abuelo». La comunidad científica les dio la espalda. Y ahora que se da cuenta de su error, ya no hay nada que hacer. Ya no están.

Por eso, los niños de la guerra, los que la vivieron en su más tierna infancia, ahora se revelan para contar lo que los más mayores no pudieron. Ahora solo quedan ellos. Así, este retorno a su niñez se conforma como un trámite doloroso pero ineludible. Todos ellos, de toda procedencia y condición, coinciden en una misma convicción: la necesidad de recordar. Que no se olvide, porque es la única manera de que no se repita.

Bajo estos preceptos, toda una nueva área editorial emerge. La de las memorias de los niños de la guerra. Y las hay de todas clases. Están los grandes escritores, que bien hacen un receso en su producción para recordar, bien impregnan toda esta de sus escenas de niñez. Y están también los protagonistas anónimos, muchos de los cuales optan, ante el desinterés de las grandes imprentas, por autoeditarse.

Y es que la literatura se conforma como medicina para la angustia vital que supone el silencio. Cada uno lo hará a su manera. Alberti, llevado por la poesía hasta en tan doloroso trance, recordaba su niñez desde su exilio a modo de arboleda:

Algún día tal vez, en una próxima edición, si el lector entusiasta contribuye a ello, ocuparán [todos los sucesos que faltan por contar] el lugar que ya les tengo señalado. ¿Lo haré eso en España o todavía aquí, en la Argentina, donde fueran escritos el final de la primera parte y toda la segunda de la presente obra? No sé, pero hay algo en mi país que ya se tambalea, y entre nosotros, los desterrados españoles, circulan vientos que nos cantan la canción del retorno. Mientras tanto...

Una nueva arboleda, no como aquella realmente perdida de mi infancia andaluza, he levantado a una hora de tren de Buenos Aires, en los bosques de Castelar. Quiero en ella rubricar este colofón.⁴⁵

Michel de Castillo participa de pleno derecho en este grupo. Aporta, no obstante, su propia visión de lo ocurrido. Pero ello es inevitable, tal como él mismo afirma: «Dense cuenta de que el relato, la memoria, es un relato, pero ese relato es falseado».⁴⁶

⁴⁵ Alberti, Rafael, *La arboleda perdida. Memorias*, Barcelona, Seix Barral, 1978, p. 319.

⁴⁶ Castillo, Michel del, «Niños en las guerras», en Castillo *et alii*, óp. cit., p. 19.



Los niños como víctimas inocentes de la guerra constituyen uno de los temas recurrentes en la obra de Michel del Castillo. (Foto: Ricardo Compairé, AFIAA – Diputación de Huesca)

Frente al miedo y la angustia, la literatura se constituirá desde su primerísima infancia en su salvavidas. En un Madrid bombardeado descubrirá los libros y su poder de abstracción. Uno le marcará profundamente:

Eran los *Cuentos de las mil y una noches*, y empecé a leer, y lo que me produjo realmente una conmoción total no eran los cuentos —y me gustaban mucho Aladino y las lámparas y las alfombras voladoras y todo eso, seguro, y Bagdad y las cúpulas, etc.—, sino lo que realmente me fascinaba era el hecho de que había un rey oriental, un tanto, como decimos en Francia, *jouiteur du pouvoir*, que tiene la mala costumbre de, tras haber pasado una noche de amor con una mujer, cortarle la cabeza a las cuatro de la mañana cuando se acaba la cosa. Y llega una chica de quince años, un poco más lista que las demás, que se pone a contarle historias. Y que gana una noche contra la muerte. Otra noche contra la muerte. Y otra noche. Y yo, leyendo, es a esa niña a la que veía porque descubría que la lectura —y la literatura— era refugio contra la muerte. Sobrevivir una noche y otra noche.⁴⁷

También Víctor Pardo Lancina, en su presentación de la conferencia que Del Castillo ofreció, resaltaba este aspecto afirmando que en tales circunstancias, gracias

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 20-21.

a la literatura, este logró «“resistir” mejor los prematuros embates que le reservaba la vida». Y Michel del Castillo añade: «“resistir”, resistir en supervivencia, en vivir». Poco después continúa:

y abría los cuentos. Y me encontraba en una situación de niño, muy extraña: no soportaba el ruido de la batalla, no soportaba a los aviones, vivía en angustia; pero el silencio me asustaba aún más, porque el silencio quería decir que ella [su madre] ya no volvería y que yo estaría ya huérfano y solo. Así que no podía soportar el ruido y no podía soportar el silencio. Y entre los dos, entre el ruido y el silencio, había la vocecita de esta niña contando historias para que la muerte llegue al día siguiente, a la noche siguiente, pero no esa noche. Y yo la miraba como en un espejo, ella contando y yo leyendo, diciendo: «Estamos ambos, tú y yo, tratando de luchar para sobrevivir en este mundo extraño que son las palabras, las palabras y lo escrito». ⁴⁸

El niño Michel del Castillo no conoció otra infancia más allá de la guerra y la penuria. Para él la niñez será siempre eso: una angustiada espina calvada en lo más hondo. Su propia madre, Cándida Victoria del Castillo, en un libro de memorias que firmará como *Isabel*, se lamentaba de ello:

Partimos camino del exilio en un viejo Hispano que empezó, lento e inexorable, a adentrarse por las calles muertas de Madrid. Al extender un brazo hallé arrebujado en un rincón un paquete de carne tibia, horriblemente, desesperadamente inocente: mi hijo, el hijo de cuatro años mal contados para quien no hubo más canción de cuna que el estallido de las bombas o las ráfagas de las ametralladoras, el niño que hubo tantas veces que acostar sin cenar y que aprendió a odiar casi antes de empezar a hablar. ⁴⁹

Del Castillo será siempre un niño de la guerra. Esa será su seña de identidad. Ni patria ni ideario. La guerra como la constante que le acompañará en su deambular durante su infancia. Pero un niño es incapaz de entender lo que una guerra significa:

¿Qué era la guerra para un niño, y qué es para un niño el hecho de la guerra? Lo primero son sensaciones e impresiones y sentimientos, pero ningún relato. Tenía miedo, tenía hambre, tenía frío, tenía un miedo espantoso a los bombardeos, a los cañonazos. Pero ¿por qué y qué significaba la guerra? El niño no tiene ningún instrumento racional, intelectual, para poder contestar a esa pregunta. ⁵⁰

Aunque, claro, una guerra es algo difícilmente justificable también para los adultos. El autor huye de toda mitificación de la condición de niño. No concibe a los niños de esos años —ni se autoconcibe— como víctimas inocentes. Y quizá esto es lo más sui géneris de su pensamiento. Esa maldad presente en toda la humanidad que refleja en su obra —esa «necesidad del Mal» de la que hablaba Avelino Pared— alcanza también a los niños:

hay que hacerse del niño en la guerra ideas menos elevadas y filosóficas, diría yo, y mucho más sencillas, mucho más animales. ⁵¹

⁴⁸ Castillo, «Niños en las guerras», cit., pp. 21-22.

⁴⁹ Del Castillo, Isabel, *El incendio. Ideas y recuerdos*, Buenos Aires, América Lee, 1954, p. 31, cit. por Víctor Pardo.

⁵⁰ Castillo, «Niños en las guerras», texto cit., p. 16.

⁵¹ *Ibidem*, p. 23.

No se dejen nunca contar cuentos sencillos. Los niños no son buenos. ¿Sabían que en los campos de concentración, por ejemplo, éramos los peores de todos? No teníamos miedo ninguno en robar a los cadáveres, en sacar lo que podían tener en los bolsillos, en abrirles la boca, en sacarles los dientes... Los niños son de una ingenua crueldad. Pueden matar moscas con una deliciosa atención, cortándoles las patas y viendo lo que pasa. Observen un día lo que pasa en una escuela durante el recreo y verán la maravillosa crueldad de los niños entre sí: si hay uno que es un poco más flojo, o un poco más débil, ya verán lo que es la bondad humana. Así que el niño no es un ejemplo de inocencia. Y vive la guerra en la ambigüedad, como una cosa muy extraña, a la vez que muy familiar —sigue jugando, etc.—, y con una extrañeza total, la incapacidad de comprender el relato.⁵²

Los niños de sus libros, habiendo vivido la guerra o no, se hacen partícipes de esta perversidad innata. Tal es el caso de Santiago Laredo, que rememora como sigue el juego macabro que mantuvo con su maestro:

No sé lo que despertó mis sospechas, porque entonces no comprendía lo que hoy veo tan claramente. Ya no sé a qué oscuras razones cedí para obrar como lo hice. Los que están acostumbrados a tratar con niños se sorprenderán menos. Porque conocen la crueldad y la perversidad de sus juegos. Solo los ciegos y los tontos pueden creer en la inocencia de la infancia, salvo que demos a la palabra «inocencia» un sentido biológico, y no moral. Todo el mal que los niños hacen lo realizan sin preocuparse de las consecuencias de sus actos, con una indiferencia y despreocupación de animales jóvenes.⁵³

En referencia a esta escena, el empeño de Michel del Castillo en demostrar la crueldad de la infancia hace que —a mi parecer— el maestro no solo no sea visto como un ser abominable —puesto que practica la pederastia— sino que casi se le victimice, apareciendo el niño como el cerebro frío y controlador de los acontecimientos. Una vez que su profesor, Ángel Linares, abandona el pueblo, incapaz de soportar la presión, Santi sigue dando muestras de su sadismo:

encontré a una muchachita de catorce a quince años, medio retrasada mental, con la cual podía probar las fuerzas que el maestro me había revelado. La chica se escapaba a menudo de casa y huía por el campo, en donde nosotros la seguíamos y nos burlábamos de ella. Apoyándose en el tronco de un olivo, Esperanza levantaba sus faldas y se pasaba glotonamente la lengua por los labios. Con una avidez odiosa, contemplábamos su sexo abierto y, uno tras otro, metíamos allí el nuestro. Cuando todo terminaba, la llamábamos puerca y le tirábamos piedras. Es decir, que nos convertíamos en machos, en pequeñas bestias salvajes y crueles.⁵⁴

También Baza, policía traumatizado por su experiencia como represor, se referirá a la infancia en las guerras en sus conversaciones con Santi sobre Avelino Pared. En este caso, es sobre don Avelino sobre quien Del Castillo deja verter sus rasgos vitales:

⁵² *Ibidem*, p. 33.

⁵³ Castillo, *La noche del decreto*, cit., p. 89.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 100.

—Te lo repito, era un niño de la guerra, adulto en ciertos aspectos, muy niño en otros, uno de esos chiquillos que producen la impresión de saberlo todo, de comprenderlo todo.⁵⁵

Pero no pueden comprender nada...

A MODO DE CONCLUSIÓN

Llegados a este punto, sería imposible negar el marcado carácter autobiográfico de la obra de Michel del Castillo. Esta necesidad, presente en todo autor, en él adquiere una urgencia dramática. Y es que a través del acto de escritura puede reconciliarse con su pasado, recomponiéndolo a partir de pequeños legajos inconexos. La literatura se convierte en la medicina para su tristeza existencial, su *mal de vivre*.

Este doloroso, a la vez que necesario, retorno al pasado pasa a la vez por el retorno a Huesca. Amada y odiada en igual proporción, esta se constituye en el marco de referencia —actuando como un microcosmos que engloba la nación— para descargar la crítica contra la sociedad española que le tocó padecer. Asimismo, Huesca será el telón de fondo para situar determinados personajes reales que —de forma siempre velada— Del Castillo introduce en su universo de ficción. Entre ellos, Ramón Sánchez Tovar.

Mediante este regreso a la tierra de su infancia, el autor —peregrino dejado a su propia suerte— se adentra también en el niño de la guerra que él mismo fue. Sin embargo, esta condición aparece para él absolutamente ausente de victimismo. Los niños de Del Castillo son seres capaces de desarrollar la misma maldad que los adultos.

Así, partiendo del recuerdo nace una obra llena a la vez de desazón y esperanza. Pero, tal como afirmó Lorca, ¿no nace toda la literatura del recuerdo?⁵⁶

⁵⁵ Castillo, *La noche del decreto*, cit., p. 206.

⁵⁶ García Lorca, Federico, «Mística en la que se habla de la inspiración y de la tristeza de la ausencia», en *Místicas (de la carne y el espíritu)*, fechado el 17 de junio de 1917. Véase al respecto Aube-Bourlignieux, Jocelyne, «De la genèse de la mélancolie créatrice, chez le jeune correspondant-prosateur-poète Federico García Lorca, auteur de la *Juvenilia*», en *Journées d'Études Scientifiques Consacrées à la Mélancolie Créatrice: «Mélancolie, quand tu les tiens...!»*, Université de Nantes, CRINI (27-28 avril 2001).